

CAPÍTULO 3: BUENAS Y MALAS NOTICIAS

Primero, voy a hablar de las malas noticias. Yo sé que no nos gusta pensar en ellas. El hecho es que todos estamos enfermos, padecemos una enfermedad terrible, incurable. Y nadie puede escapar de ella. Todos moriremos. Lo siento por los jóvenes. No es mi intención tocar una marcha fúnebre. Pero todos vamos a tener que marchar al son de la misma música: todos moriremos. A pesar de los esfuerzos realizados, hemos descubierto que esta enfermedad es fatal en un ciento por ciento. Todos vamos a morir. Desde mi niñez he escuchado esto.

En Eclesiastés 9:5 leemos: "Los vivos saben..." ¿Qué? "Pero los muertos nada saben". Recuerdo que en cierta ocasión mi padre predicaba sobre esto, y trataba de aclarar este texto, puesto que algunas personas estaban confundidas, incluyendo un niño que lo citó de esta manera: "Los muertos saben que están muertos, pero los vivos no saben nada". Y quizás no esté tan equivocado, cuando se trata de llegar a la verdad, de que nosotros apenas prestamos atención a esta certeza.

Roger Williams dijo que el ser humano tiene la gran certidumbre de que ha de morir, junto con ella, otras tres incertidumbres: cuándo, dónde y cómo. Alguien ha dicho con acierto que "el corazón es como un tambor que late constantemente, en forma ensordecedora, hacia una tumba abierta". Y con base en este pensamiento, el poeta Jorge Manrique compuso el apropiado verso: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es morir; allí van los señoríos derechos a acabarse y consumirse".

Quizás la juventud piense: "Esto no es para mí; no me interesa lo que me suceda cuando llegue a los ochenta años". Pero no olviden que algún día tendrán 78. Para comprobarlo no hace falta la Biblia. Todo lo que hay que hacer es manejar por las calles y los caminos, o pasar por un cementerio. Vez tras vez encontramos estos monumentos silenciosos, miles de ellos, millones de ellos. No hace falta comprobar esta verdad por medio de las Escrituras. Son monumentos erigidos por corazones rotos. Así es la vida. Por lo tanto, si busca en la Biblia, y si lo busca realmente, tendrá que admitir que los que todavía estamos vivos en este mundo, somos la minoría. Si nos comparamos con todos los que vivieron y murieron en este mundo, aun así somos una minoría. La mayoría de las personas que vivieron alguna vez, yacen en sus tumbas. ¿No es así? De manera que, ¿cómo se sienten al pertenecer a una minoría?

Permítanme contarles una experiencia que me sucedió no hace mucho. Mi madre murió dos años después que mi padre. Tenía 91 años. Un día se enfermó y murió al día siguiente. Estuve a su lado, junto con otras personas, durante sus últimas cuatro horas. Alguien me explicó lo que haría el monitor que le habían puesto. Se convertiría en una línea ininterrumpida. Sostuve sus manos y las sentí frías y la vi exhalar el último suspiro. Y entonces lloré con los demás. En mis más de cuarenta años de ministerio, he tenido experiencias similares. Pero en esa ocasión me sucedió algo que quisiera poder describir. Es algo que permanece en la pantalla de mi mente de alguna manera, aunque todavía no me siento seguro de poder contarlo con claridad. Quisiera saber cómo relatarlo. Pero algo me conmovió: el misterio y la maravilla de la vida.

Esto me conmovió: ¿de dónde había venido esa vida que acababa de apagarse? No vino de ninguna otra parte, sino de Dios. Entonces recordé lo que mi padre predicaba: "No hay científico en el mundo que pueda crear un granito de maíz. Pueden analizarlo, disecarlo, partirlo, y decirnos lo que contiene y en qué proporción, y terminar con nada". Un grano de maíz podría estar en el granero de mi tía Lucy, cerca de Newberg, Estado de Óregon (Estados Unidos), durante diez años, y mi hermano y yo podríamos ir a jugar allí. Podríamos coger esas semillitas y sembrarlas y regarlas, y ellas producirían cientos de otros granos de maíz.

¿Alguien puede explicarlo? Me han contado que con semillas encontradas en las pirámides de Egipto, miles de años después, se ha logrado el mismo resultado. ¡Las maravillas de la vida!

Sabemos de qué estamos hechos. ¿Se ha detenido usted a analizar la lista? Cierta porcentaje de esto y lo otro (todas las sustancias químicas que contiene nuestro cuerpo). Por supuesto, estamos compuestos mayormente de agua. Usted puede ir a cualquier farmacia, comprar todos esos elementos, llevarlos a casa, añadir agua y revolver. ¿Y qué resultaría? Una mezcla de apariencia lodosa. No podemos producir vida. Ni siquiera en forma aproximada.

Pensemos en la capacidad manifiesta del hombre. Sabemos que los aviones son una de sus más grandes invenciones. El Boeing 747 es uno de los grandes aviones construidos por el hombre. Una vez Emilio Knechtle visitó nuestra iglesia en Mountain View, en el área de la bahía.

Uno de los miembros de iglesia me acompañó para llevarlo al aeropuerto cuando iba de regreso a su casa, y allí vimos por primera vez el 747. Cuando aquella gigantesca mole alzó el vuelo, escuché a ese hombre decir casi sin aliento: "Esto tiene que ser obra del demonio". ¡Nos maravillamos de cómo ese gigante desafiaba la gravedad! Pero todavía no he sabido que un 747 haya dado a luz a un bebito 747. Ni siquiera oí de alguno que estuviera embarazado. Tampoco he sabido de un Chevrolet que haya tenido un Chevrolecito. ¿Por qué no? Porque esto incumbe al departamento de la vida, y sólo Dios es responsable de ella. Esto me vino a la mente, cuando vi escaparse la vida de una persona que significaba tanto para mí.

La gente solía preguntarme: "¿Cómo sabe usted que Dios existe? Y yo empleaba una técnica adventista favorita: comprobaba la existencia de Dios por las profecías. Y es increíble predecir el futuro, ¿No es cierto?

¡Predicciones hechas cientos de años antes que se cumplieran al pie de la letra! Si ello no era suficiente, yo decía: "Bueno, lo siento. Dios ha sido bondadoso dándome este don. Yo nunca he tenido problemas para creer en Dios. Crecí creyendo esto. ¿Por qué no leen algún libro de

C.S Lewis? Él trata acertadamente este tema".

Pero desde que la muerte de mi madre y la maravilla de la vida me golpearon con tanta fuerza, si alguna vez alguien me vuelve a preguntar: "¿Cómo sabe usted que Dios existe?", responderé tan amablemente como pueda: "¡Qué torpe es usted! Vaya y mírese al espejo. ¿Quién cree que lo mantiene vivo?".

Creo que hasta que viví la experiencia de la muerte de mi madre, cultivaba la ilusión de que yo era el que me mantenía vivo. Yo soy el que como, respiro y hago algún ejercicio. ¿Hasta qué punto podemos estar engañados? Consideremos las maravillas y los misterios de la vida. Hasta que surja una persona supra inteligente, capaz de producir la más ínfima cantidad de vida de la nada (lo cual nunca sucederá), no existe argumento alguno. No se molesten en desperdiciar su aliento. ¡Qué maravillosa es la vida! Usemos nuestro sentido común y nuestra razón. Y creo que si algunas de las personas que están intentando apartarse, pudieran tener un asidero en esta verdad, la diferencia sería abismal!

Ahora bien, con la maravilla de la vida, vienen las buenas noticias. Hay tres cosas que podemos saber. Las primeras son las malas noticias con las cuales empezamos: todos vamos a morir. La segunda, son las buenas nuevas de que no moriremos. Las palabras registradas en Juan 11:25, están escritas en la tumba de George Washington y en muchísimas otras tumbas: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá". Entonces viene el versículo 26: "Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?" ¿Cuándo fue la última vez que usted leyó esto?

Por alguna razón, cuando yo era muchacho este texto de Juan 11:25 era mi favorito. Los viernes de noche, o quizás un sábado de noche, alguien diría: "Vamos a repetir nuestro texto favorito". Y siempre alguien citaba Juan 3:16. Era alivio repetir: "Yo soy la resurrección y la vida". ¿Por qué me gustaba este texto?

Como hijo de pastor, muchas veces acompañé a mi padre a los funerales. Con el tiempo, esto llegó a afectarme. Llegué a odiarlos. También asistí a reuniones donde se trataban temas sobre el espiritismo y veía las imágenes en la pantalla y empezaba a sentir miedo con sólo pensar en eso. Recuerdo que cierta noche mis padres salieron y mi hermano y yo quedamos solos en casa. Era primavera, y el aroma de las flores del jardín de nuestro vecino se filtraba por las rejas del pórtico. Era el mismísimo olor que yo había percibido en los funerales. Por poco me dio un ataque de nervios. Mi hermano tuvo que ir a casa de los vecinos para pedirles que vinieran a tranquilizarme.

Recuerdo el primer servicio fúnebre que tuve a mi cargo como ministro. Uno no practica para efectuar un servicio fúnebre, y aquélla fue una terrible experiencia para mí. Empecé a leer Juan 11:26: "Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre". ¿Lo cree usted? ¿Podemos creer esto y ser adventistas del séptimo día? Juan lo dice en Juan 11:26. El que vive en mí y cree en mí, nunca morirá. Esto me intrigó tanto, que empecé a leer todo el Evangelio de Juan, y también sus cartas, descubriendo y subrayando cada vez que el apóstol hacía referencia al tema. Y lo repite vez tras vez, tras vez. Nosotros tenemos vida eterna ya. No moriremos para siempre.

¡Nunca! "¿Crees esto?"

Pero si lo anterior es verdad, ¿de dónde sale este relato de Juan 11? Conocemos el marco histórico. Lázaro era un buen amigo de Jesús, porque en su casa el Maestro no tenía que hablar en parábolas. Jesús empleaba las parábolas por dos razones antitéticas. Él usaba las parábolas, tanto para disimular como para revelar la verdad. Todo dependía de quiénes fueran sus oyentes. Pero en la casa de Lázaro podía hablar sin ambigüedades.

A Jesús le gustaba visitar esa casa. Entonces, cuando le llegó la noticia de que Lázaro estaba enfermo, hizo esta extraña declaración: "Su enfermedad no es para muerte". Los mensajeros regresaron con esta noticia, pero ya Lázaro estaba casi inconsciente. Ellos refirieron la historia, pero era difícil de creerla. Y fue aún más difícil cuando Lázaro "murió". Para sus hermanas, la situación era terrible. ¿Decía Jesús la verdad o no? "Esta enfermedad no es para muerte". ¿Falso o verdadero? ¿Es usted adventista del séptimo día?

¿No somos nosotros los que hemos venido diciendo por años, que cuando la gente muere, está realmente muerta?

A mí me encanta sobresaltar a los adventistas.

¿Quieren saber algo? Un servicio fúnebre, un buen servicio fúnebre, se ha convertido en una de mis ocasiones favoritas. Una vez comencé un sermón como éste en una nueva iglesia, y hubo varias personas que decidieron no escuchar el resto del sermón. Pero me gusta un buen funeral. ¿Creen que es posible tener un buen funeral?

¡Indudablemente! ¿No ha leído alguna vez acerca de un buen funeral, que tuvo lugar hace dos mil años, cuando dos grupos diferentes de personas se cruzaron en la pequeña aldea de Naín? Uno era un cortejo fúnebre que salía del pueblo, en su triste recorrido hacia el cementerio. El otro, que venía del valle, era dirigido por el Dador de la vida. Ese fue un buen funeral. Me hubiera gustado estar allí, ¿y a usted?

En cierta ocasión, hacía una gira con el Doctor Siegfried Horn. Supuestamente se trataba de un viaje de evangelismo; pero no fue así. Era una gira arqueológica. Cuando iniciamos el viaje, yo tenía muy poco interés en la arqueología. Y desde que terminó, me interesa menos. Pero cuando

íbamos en el autobús, en dirección a otra excavación en busca de más fragmentos de vasijas, vi un pequeño pueblo en la ladera de la montaña y pregunté:

- ¿Qué pueblo es éste?

-Es la villa de Naín.

- ¡Naín! Vamos allá, ¿no...?

No, debíamos seguir buscando más fragmentos de tiestos. Ese fue el día en que casi me salí por la ventanilla. Traté de imaginarme la antigua villa, pero me dijeron que ya no era igual. La antigua villa de Naín está dos metros y medio bajo la superficie actual. Ha sido destruida, cubierta y reedificada varias veces. ¡Pero yo quería ir de todos modos, porque allí había habido un buen funeral hacía muchísimo tiempo!

Por suerte he visto otros buenos funerales. ¿Buenos por qué? Porque los verdaderos cristianos nunca mueren. Me gusta ir al hospital y visitar a personas que tienen una enfermedad terminal. Y me encanta decirles: "Esta enfermedad no es para muerte". ¿Está usted de acuerdo conmigo?

Varios días después de haber recibido la noticia de la enfermedad de Lázaro, los discípulos escucharon a Jesús decirles: "Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero voy a despertarlo".

Por supuesto, los discípulos temían ser perseguidos juntamente con su Maestro, por algún populacho vicioso, así que dijeron: "No vayamos allá. Si Lázaro está durmiendo, que duerma. Él ha estado enfermo, necesita dormir". Pero los discípulos no habían entendido bien, y finalmente Jesús tuvo que hablarles con claridad: "Lázaro está muerto". A Él no le gustaba usar esa palabra. Jesús prefería usar el término "dormir", y así lo hizo. Porque, después de todo, dormir no es del todo malo. Todavía recuerdo cuando estudiaba en el colegio de la Sierra, en Riverside, California, cómo le dábamos la bienvenida a la hora de dormir los viernes de noche, y también los sábados de tarde (después de haber hecho la obra misionera, por supuesto). Dormir es bueno.

Cuando éramos pequeños, a mi hermano y a mí nos gustaba discutir en el asiento trasero del automóvil, al volver a casa después de un largo viaje. Ése era nuestro pasatiempo favorito. Y nuestros padres siempre nos decían: "¿Por qué no se duermen?" Pero ese pensamiento nunca cruzaba por nuestras mentes. Entonces ellos añadían: "¿Quieren saber cómo acortar el viaje? Duermen todo el camino y el tiempo pasará rápido, porque en el mismo instante que despierten, estaremos llegando a la entrada de la casa".

¿Les suena familiar esto? Sí. Usted cierra los ojos, y el próximo instante, llegó a casa. ¿No les gustaría, amigos, saber que se van a dormir ahora mismo, y que en el próximo instante vean a Jesús viniendo? ¿No es ésta una buena noticia? ¡Es una noticia maravillosa! "Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre" (Juan 11:26)

Me gusta la idea de concebir la muerte como un sueño. Me gusta ir a los funerales cristianos y decir a los deudos: "Él no está muerto. Ella no está muerta, sólo duermen". Porque llegará el tiempo de despertar. Y no habrá diferencia si la persona ha estado durmiendo durante cinco mil años o más, como en el caso de Abel, o solamente diez minutos. Cuando Jesús venga, la noción del tiempo y el espacio será la misma para todos.

También se nos ha dicho que en la resurrección volverán los mismos pensamientos que tuvimos al morir. Esto es interesante. Imagínese cómo será levantarse en la resurrección equivocada, junto con la mafia de Chicago. Al momento de despertar, y frotándose los ojos, se escucha de pronto a un pistolero de Nueva York, que produce un escándalo y lanza maldiciones. En otra dirección, observa a una prostituta de otra ciudad que grita, y se dan cuenta de que resucitaron

en la resurrección equivocada, pero bullen en sus mentes los mismos pensamientos que tenían en el momento de morir: "¡Me desquitaré! ¡Lo voy a matar!"

Pero imaginemos lo que será despertar en la primera resurrección. Recuerdo el caso de mi amigo y compañero Ben Riley, que cuando iba un día rumbo a la oficina de la asociación, su auto chocó de frente contra otro y murió instantáneamente. En el servicio fúnebre, estuvieron presentes todos los pastores y el presidente de la asociación, quien nos dirigió la palabra. Nos recordó que en la resurrección, vendrán a nuestra mente los últimos pensamientos que tuvimos en el momento de morir, y él se imaginaba al pastor Riley saliendo de la tumba diciendo: "Tengo que ir a Oakland. Tengo que ir..." Y entonces ve a un ángel, que ha estado acompañándolo toda su vida. Y le dice: "No, ya no tienes que ir a Oakland. Te voy a llevar a un lugar mejor". Y de pronto, se da cuenta, ¡es la gloriosa mañana de la resurrección!

¿No nos sentimos agradecidos por las buenas noticias acerca del mejor lugar adonde iremos?

Así que no importa si usted tiene seis años o noventa. Hoy también tenemos malas y buenas noticias. Sabemos que vamos a morir, pero asimismo sabemos que no moriremos, sólo dormiremos. Y ello es así, por la tercera verdad que podemos saber. Se encuentra en Juan 17:3. "Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado". Es maravilloso poder conocer a Dios. Poder conocer al Señor.

Me gustaría poder compartir con ustedes un solo objetivo: que cada persona conozca a Dios directamente, cara a cara; que sepa lo que significa dedicar un tiempo de calidad cada día a estar a solas con Él. ¿Es éste un blanco demasiado alto? Si todos conociéramos a Jesús, la iglesia tendría todo el poder del cielo. Porque la gente que conoce al Señor alcanza a otros que necesitan conocerlo. Por eso, la pregunta que tengo para usted, mi amigo, es ¿conoce usted a Dios? ¿Mantiene una estrecha relación con Él? Puede usted decir, como dijo Billy Graham cierta vez durante la controversia de que "Dios está muerto": "No, no está muerto, porque yo hablé con Él esta mañana".

¿Sabía usted que Dios conoce su dirección? ¿Se da cuenta de que todo su día gira alrededor del tiempo de calidad pasado a solas con Él? ¿Que esto es algo más que la lectura de un versículo con la mano puesta en el picaporte de la puerta? ¿Conoce usted a Dios?

Creo que si ha estudiado la doctrina de la justificación por la fe, sabe que Jesús es la base única de la vida cristiana. Fuera de Él no existe vida cristiana. Lo único que queda es la conducta. Y por eso nuestros jóvenes abandonan hoy la iglesia. Se cansan de la conducta y la religión y renuncian.

Todo el que viva a base de esa dieta se apartará tarde o temprano. La base verdadera de la fe cristiana es una relación personal con Jesús. ¿Cree usted esto? ¿Lo conoce usted? Que Dios nos ayude a fijarnos esa clase de objetivo, porque en ello se basa la vida eterna. Es durante el tiempo que pasamos todos los días a solas con Jesús, cuando aceptamos su gracia asombrosa, y nos llenamos de valor al saber que nunca moriremos.

Hace algunos años, vivía en Texas una niñita de cabellos dorados que se enfermó, y no pasó mucho tiempo hasta que sus ojos se cerraron por última vez. Padres, madres y muchos amigos fueron a verla. Estos últimos trataban de consolar a los padres, mientras todos lloraban. Entonces, llegó el momento de terminar el servicio fúnebre, y la gente se puso en fila para contemplar por última vez el cadáver. El padre, que no creía en Dios ni profesaba ninguna fe, ni ninguna religión, mirando a su pequeña, lleno de amargura, dijo: "Adiós, adiós para siempre". Y se apartó. Entonces llegó la madre. Se inclinó y besó a la niña, diciendo: "Mi amor las dos pasamos muchas horas maravillosas. Estuvimos juntas seis años felices. Buenas noches, Mamá se encontrará contigo en la mañana, al amanecer, cuando se desvanezcan las sombras".

¿Qué hizo la diferencia? Jesús hizo la diferencia. Y todavía sigue haciendo la diferencia.

Por eso, el pastor H.M.S. Richards escribió este hermoso poema que sigue siendo mi favorito:

Los años transcurridos me han llevado muy lejos del hogar de mi niñez; ya no tengo a mi madre a mi lado cuando llega la hora de dormir.

Me alienta, sin embargo, su recuerdo, y la paz me inunda todo el ser, al soñar que soy un niño todavía y que mi madre me arropa otra vez.

Junto con mi hermano me arrodillaba en nuestro cuarto del segundo piso. A orar mi madre nos exhortaba, y de rodillas nos acompañaba. "Guárdalos, Señor, de pecar", decía; y con sus tiernos y suaves besos, cerraba nuestros ojos al dormir, mientras con amor nos arropaba.

Cuando llegue la última de mis noches, cuando mi vida toque a su final, los lazos que me atan a la tierra se romperán a una por igual.

Entonces, Señor, sé mi consuelo, calma mi alma y dame la paz.

Permite que me duerma suavemente, como hacía en los brazos de mamá.

Pero muchos de ustedes no dormirán, porque Jesús viene muy pronto. Amén